

Capítulo 8: El Señor de Montreal

“Y vendré a castigarlos con gran venganza y furiosa cólera; y sabrán que yo soy el SEÑOR cuando caiga sobre ellos mi venganza.” Ezequiel 25:17.

- ¡Todos los informes dicen que Cranston ha perdido el control, que Ottawa está a merced de sus enemigos! ¿Qué más necesita su excelencia para ordenar un ataque? – El caintita, de apariencia extremadamente joven, que vestía un chaleco de cuero abierto sobre el torso desnudo, repleto de piercings y tatuajes, hacía que su encantadora voz de tenor se elevara hacia las alturas del mausoleo, sin apenas alzarla. Una cualidad innata, que le otorgaba cierta aura de profeta.

-Tus sugerencias han sido escuchadas, joven cobra. La decisión la tomará su excelencia con el debido respaldo necesario. – Sobre el estrado y junto al trono que ocupaba la arzobispo Valez, otro vástago, de aspecto mucho más maduro y sereno, pero con un carisma digno de un líder religioso, le respondía mientras realizaba pausados y estudiados movimientos con los brazos. Pantera se fijó en sus brazos. Unos brazos, cuya piel, asomaba repleta de un ingente entramado de tatuajes, de aspecto jeroglífico, bajo su refinada túnica de seda, a la moda de Oriente Medio.

- ¿Te refieres a tú respaldo, Benezri o el de la Rosa, que ni siquiera ha venido porque no le interesan las cuestiones políticas? Te equivocas de bando, Pastor. Con el tiempo, te darás cuenta de la verdad. – La joven cobra, como le había llamado su interlocutor, mostraba que dominaba a la perfección el arte de la oratoria. Por sus palabras, el lasombra de Silver Rockets, dedujo que el tal Benezri, pertenecía a la cofradía de los Pastores de Caín.

-Tú sólo ves una verdad, Ezequiel. Tu propia verdad. Llevo tiempo advirtiéndote del peligro que eso conlleva. – La voz del pastor, se tornó grave y profunda cuando pronunció la frase –

-Claro, cómo no, ya salió la cuestión. El hijo que volverá a caer en los pecados del padre, ¿no es esa la historia? Eso ya no cuela, yo no soy Sangris y lo he demostrado de forma sobrada. – Pantera recordó entonces las palabras de Strathcona acerca del Serpiente de la luz corrompido por fuerzas demoniacas. - He conseguido más territorios y ganado más batallas que ninguno de vosotros, trabajando para la Mano. – El tal Ezequiel, se movió por las escaleras del mausoleo hacia la pared del fondo, donde otros tres cainitas aguardaban en silencio

observando lo ocurrido. - Puedes meterte tu religión y tus redenciones por donde te quepan, a mí no me interesan. ¡Lo que me interesa es ganar una guerra!

-Demuestras no tener idea de lo que es gobernar una ciudad, Cobra. Mantener el control y ocuparte de los problemas de los que debes servir y proteger es muy complicado con una guerra en ciernes - La que hablaba ahora era la Arzobispo. Carolina, vestida en aquella ocasión con un traje de chaqueta negro, de corte elegante, pero sin nada debajo que cubriera su desnudez, excepto unos tirantes negros, trató de hacer valer su postura con argumentos de peso - Es más, no podemos plantear una cruzada contra una Ottawa debilitada sin saber las fuerzas que poseen Quebec o Toronto. Si ni siquiera somos capaces de lidiar con nuestras propias dificultades internas.

- ¿Y por culpa de quién? – Replicó Ezequiel - Llevamos sufriendo la pasividad de tu mandato demasiado tiempo, Valez, tu condescendencia con los mortales, tu indulgencia con los anarquistas, tu velada mascarada. Esas son las dificultades internas. La cuestión crucial es si tienes claro, como sabbat, a quién debes servir y proteger. Tu gobierno pelele impuesto a dedo por la vieja casta llevará a la ruina a esta ciudad y quién sabe si no a toda la secta. – La última frase, la pronunció como si fuera un discurso muchas veces repetido que no quería dejar de recordar. Una estudiada coletilla política.

- ¡Yo también he luchado por la secta, ingrata serpiente lenguaraz! – Saltó la lasombra - He hecho por esta ciudad y por el Sabbat más sacrificios de los que harás tú en toda tu miserable no vida. – Valez parecía a punto de perder la compostura y lanzarse en pos de su oponente - Y te recuerdo que sigo siendo la Arzobispo de Montreal, así que ándate con cuidado y no tientes a tu suerte.

Ezequiel, abrió los brazos en cruz, como ofreciéndose al sacrificio:

-Yo estoy dispuesto a tentarla Valez, ¿Lo estás tú?

-Mantengamos las formas, señores – Intervino Tobías Smith – No somos gritones anarquistas intentando ganar prestigio. Lo último que necesitamos ahora mismo es una guerra intestina. – El otro lasombra, que hasta ahora había pasado desapercibido, de pronto había adquirido un aura deslumbrante. Todos los presentes se vieron obligados a mirarle y tuvieron que aceptar la sabiduría de su discurso. Pero la mirada fría que le dirigió Carolina, no dejaba dudas de que aquellas palabras no iban a quedar impunes.

-En efecto, Smith. – Dijo el serpiente de la luz, más relajadamente - Ezequiel y veinticinco diecisiete no queremos eso. Somos leales al Sabbat. Los que más. Y por ese motivo, nos vamos ahora. Pero esto no quedará así. Todos los aquí presentes sabemos que en algún momento el equilibrio se romperá. Y cuando eso ocurra, ninguna farsa, ninguna religión, ni imposición ni demonio, podrá impedir que cumpla con mi destino –

Y los citados Veinticinco diecisiete, tomaron el camino de salida con paso raudo hacia donde se encontraba Pantera, que se fijó en ellos ahora, pues como acababa de llegar hacía solo unos minutos a la sala del mausoleo, no había tenido tiempo de ver a todos los presentes con detenimiento. Uno de ellos ya lo había visto antes, la noche anterior, cuando habían estado allí mismo esperando a su excelencia. Era el cainita que bajaba muy enfadado supuestamente después de haber hablado con Valez y que vestía uniforme de soldado anticuado y larga trenca de cuero negro. Al pasar junto a Gharston Roland, que estaba justo delante la salida, se giró y miró a Smith haciendo una casi imperceptible señal con los ojos que Pantera pudo captar de casualidad. Los otros dos, una mujer completamente enfundada en una túnica negra adornada con motivos rúnicos y con una capucha que la cubría prácticamente todo el rostro y un varón de aspecto arábico, trajeado, que lucía una larga coleta anillada en un cabello, por lo demás, muy corto, siguieron a Ezequiel a la salida sin mirar atrás.

En la sala, quedaron: la manada al completo de Los Ángeles Perdidos, el grandullón de gafas redondas de los Navegantes al que habían visto también la noche anterior y el Pastor de los brazos tatuados, que en cuanto se hubieron marchado los otros dijo:

-Si su excelencia no tiene inconveniente, creo que podríamos dar por concluida la reunión de Obispos.

-Su excelencia no tiene jodido inconveniente. - La líder suprema de Montreal, visiblemente afectada, se levantó del trono y salió como una bala hacia su cubil, evitando en su camino a Smith que levantaba un brazo hacia ella como para calmar su furia. Benezri y el tal Santo Domingo también abandonaron la sala deprisa, pero por otro corredor y Marié-Helèn que se había quedado a despedirlos, en seguida subió tras los pasos de los Lasombra de su manada.

-Las cosas están yendo de mal en peor, cada noche que pasa – Observó Roland, que se mantenía junto a Pantera – Esto acabará mal.

-A lo mejor debería aplazar la reunión con la Arzobispo para otro momento.

-Aguarda un instante – El desgarrado vástago, de pelo alborotado y largo, silbó a sus canes y se dirigió también escaleras arriba, subiéndolas de dos en dos, con ellos pegados a las piernas.

Al poco rato, volvió a bajar. Esta vez, solo: -Su excelencia dice que subas y te pongas cómodo, te atenderá en seguida –Dijo diligentemente. Y, sentándose en las gradas escalonadas, se puso a revisar una de sus nueve milímetros con perceptible profesionalidad.

Tras subir la balaustrada y acceder al cubil a través de una doble hoja de madera de roble, Pantera llegó a una sala bastante grande también, aunque no tanto como el mausoleo principal. Era alargada y estaba fuertemente iluminada, lo que le obligó a cubrirse un poco los ojos, incluso con las gafas de sol puestas. Un pasillo empedrado la cruzaba hasta el final, flanqueado por jardines repletos de rosas negras, muy bien cuidadas y lustrosas. De este pasillo principal, salían varias ramificaciones que desembocaban en diferentes puertas. Por suerte para el lasombra, Marié-Helén se encontraba allí regando y cuidando la plantación. Le indicó cuál era la entrada del refugio personal de la Arzobispo, la última al final del pasillo, mostrándole en su interior, un sillón negro de sky dónde podía acomodarse hasta que Valez estuviera lista. Por lo visto, había tenido algún percance con la ropa y necesitaba cambiarse, lo que a Pantera le pareció que podía tratarse, más bien, de una excusa para recuperarse de su alterado estado, antes de su reunión.

El refugio de Carolina Valez, parecía un piso de soltera que podría haber estado perfectamente en la planta 12 de un rascacielos y, sin embargo, se hallaba a varias decenas de metros bajo tierra. Por lo que sabía el ductus de Silver Rockets, todo aquel cubil que ahora utilizaban Los Ángeles Perdidos, y en el que cada miembro parecía haber hecho su refugio, se trataba en el pasado, de los aposentos personales que el Cardenal Strathcona había hecho construir para su propia persona. El apartamento que se había montado la lasombra, de lo único que adolecía para parecer uno de tantos de los que se repartían por las urbes de la época presente, era de ventanas, obviamente, pero lo había suplido con grandes posters con fotos nocturnas de ciudades: Los Ángeles, Montreal, San Francisco, Las Vegas, México DF. Posiblemente serían aquellas en las que había estado alguna vez o las que le gustaría visitar. Lo que tampoco había era espejos, una característica habitual en los miembros del clan Lasombra, debido a su debilidad.

Tras unos minutos de cavilaciones, de una de las puertas del apartamento surgió entre las sombras una figura inesperada. El alto cainita de cara cuadrada y cabello cano tan característico que había subido siguiendo a la Arzobispo unos minutos antes, se acercó al sillón, como haciendo una parada en su camino.

-Pantera, de los Silver Rockets, ¿no es así?

-El mismo. No tengo el placer... - respondió él, algo sorprendido.

-Mi nombre es Tobías Smith. Amigo y consejero de su excelencia, aparte de pertenecer a su cofradía. Soy también su protector y confío en que, dejándote a solas con ella, no le ocurrirá nada. – el cainita, que se estaba colocando la capa, le miró seriamente al hacer esta última afirmación.

-Soy fiel a mi secta y a mis principios. No osaría levantar mi mano contra un líder, si no es siguiendo los medios estipulados por el código de Milán.

-Eso está muy bien. – Smith obvió sus palabras como si todo aquello fuera un formalismo que en realidad no le importara - ¿Y qué me dices del clan Lasombra? ¿Eres fiel a tu clan?

-Soy fiel a aquellos de mi clan que sirven a la Espada de Caín. Respeto a los lasombra que inspiran y dirigen al Sabbat y a aquellos que luchan en sus filas con valentía. – Pantera empezaba a ver por dónde iba su interlocutor.

-Ya veo – El antiguo lasombra hizo una larga pausa, como recordando algo, mientras miraba la foto de Los Ángeles. -Yo conocí a tu Sire, en California, bastante antes de tu abrazo. – Aquello sobresaltó a Pantera sobremanera. ¿A qué venía?, ¿Cómo podía él saber quién era su sire? - Por aquel entonces él también era un ferviente Sabbat.

-Permíteme que lo dude. – Francisco, que se había puesto rígido, se controló midiendo sus palabras en un tema que obviamente le molestaba. No quería que su rival en aquella conversación, sacase partido de sus emociones.

-Lo sé, porque anduve un tiempo con él. Y llegué a tomarle aprecio. Le dije muchas veces que 'los amigos' – esta palabra la dijo en español - de nuestro clan, le recibirían con los brazos

abiertos. Que le mostraría lo que éramos capaces de ofrecerle a él y por ende a la secta. Pero no quiso escuchar. Su devoción por sus otros amigos, jóvenes hermanos de manada, sin tradición, sin raíces fuertes...aquello acabó por hacerle caer en desgracia.

A Pantera, no le gustaba hallarse inmerso en aquella conversación, y prefería acabarla, aunque fuese, siendo desagradable: - ¿Y por eso ahora quieres venderme a mí tu grupo de autoayuda?

Al viejo lasombra, obviamente, no le gustó su respuesta: -Mmmm. Exceso de confianza, auto adulación, fervor idealista, amor desenfrenado por los hermanos de manada. Todos los jóvenes sabbat siguen el mismo patrón- dijo con gesto de disgusto.

-Al igual que todos los estirados y retorcidos lameculos que se agolpan en la senectud de la secta porque no les quieren en la Camarilla. La diferencia es que nosotros servimos a un ideal y, digamos 'ellos', se sirven de él para sus propios intereses. – Soltó el discurso con rabia y determinación, pero midiendo su voz para no parecer desbocado. Había entrado en una contienda verbal con alguien que, obviamente, se sentía superior a él y eso no podía tolerarlo. No iba a dejar que aquel antiguo sin cargo, se permitiera darle lecciones. En ello se basaban sus principios. Pero Tobías no parecía sentirse aludido o afectado en absoluto, era como si conociera de antemano su postura y lo que le iba a decir. Un experto en estas lides, por supuesto. Así que, tras unos segundos, dijo con calma:

-Piensa en lo que te he dicho. El efecto de las vaulderies se diluye con el tiempo, algunos hermanos de manada sufren la muerte definitiva y de pronto, si sigues ahí, puedes encontrarte sólo, rodeado de jóvenes novatos que no saben lo que es liderar, con ganas de quitarte de en medio, por el mero hecho de hacerlo.

- ¿Y qué tiene todo esto que ver con Valez? – Pantera, que acababa de tener una visión bastante real de la situación que el antiguo le mostraba, quizás por el efecto de algún retorcido poder mental, probó a girar el foco del tema para recuperar las riendas de la conversación.

-Nada, esto no tiene nada que ver con Valez. – Tobías, miraba al cielo nocturno infinito de las fotos, como si no estuviera allí. - Es sólo el consejo de un 'amigo' – volvió a decir la palabra en español - Elije bien a tus aliados, ductus.

Y como si aquel episodio no hubiera tenido lugar, la sombra, se fue hacia la puerta de salida del apartamento. Pantera se quedó pensando en que no tenía idea de quién era aquel antiguo o lo que pretendía. ¿Controlaba a la Arzobispo?, Después de todo era su chiquilla, aunque en el Sabbat eso no era algo determinante. ¿Sería él, entonces quien gobernaba, en realidad, la ciudad? ¿Y por qué sabía quién era su sire?, en teoría, allí nadie les conocía.

Todos aquellos pensamientos fueron borrados de un plumazo con la aparición de Carolina Valez. La Arzobispo, se había despojado de su chaqueta y los pantalones de pinzas y se había puesto otros, si es que se les podía dar ese nombre, poco más grandes que un cinturón, con medias de rejilla debajo, sujetos por los tirantes que ya había observado antes Francisco durante la reunión. Ahora se veían los tatuajes que adornaban sus, en apariencia, frágiles hombros, rosas negras enroscadas con sus ramas llenas de espinas y el piercing del ombligo. Sus senos, firmes bajo los tirantes, eran pequeños y redondeados, y de nuevo, pudo observar aquel efecto especial que le otorgaba el color oliváceo de su piel, tan extraño en un cainita. ¿Sería algún tipo de ungüento o maquillaje, o una anomalía única? Cuando se aproximó al sillón, sus ojos, verde esmeralda, relucían entre tanta oscuridad. Era una visión, con la que, la parte más humana de Pantera, había fantaseado desde el día anterior. No podía dejarse llevar por ella, al igual que no podía hacerlo por la bestia.

-Veo que has conocido a Tobías. - Aquella voz, por extraño que pareciera, no tenía nada que ver con la que había escuchado hasta ahora Pantera. Tanto el tono, como la inflexión, eran delicados y dulces. Hablaba en español.

-Me ha pedido que me comporte, humhum. – Se aclaró la voz, cuando se dio cuenta de que apenas le había salido un hilo. También él se puso a hablar en español. Ella sonrió.

-Es tan paternal... ¿Verdad? ¿Puedo llamarte Francisco? – En efecto, la figura del padre, como mito freudiano, podía describir, de alguna manera la relación visible entre Carolina y su sire. Ella se mantuvo a una distancia prudencial, de pie, como distraída, comprobándose la ropa y el pelo. Su figura era perfecta.

-Su excelencia puede llamarme por cualquiera de mis nombres. –Después de decirlo, Pantera se dio cuenta de que a lo mejor se estaba dejando llevar, o le estaban llevando a donde querían.

-En cambio, yo agradecería, si puede ser, que ahora que estamos solos, dejásemos un poco de lado las formalidades. Estoy algo cansada de tanta archidiócesis y tanta excelencia. Quisiera poder relajarme y charlar tranquilamente por un rato. – Entonces, acabó de repasarse y sin más preámbulos, se sentó junto a él en el sillón, de lado, mirándole directamente, con una postura efectivamente relajada, la pierna sobre su propia rodilla y el codo apoyado en el respaldo.

-Por mí, no hay problema. – Él, se giró para encararla, intentado prepararse para lo que pudiera venir. No tenía muy claro por qué le había elegido a él, ni para qué, pero si eso le servía para conseguir algún beneficio, había que aprovechar la oportunidad.

-Bien. Ahora voy a pedirte que seas sincero, Francisco. ¿Te gusta lo que ves?

-Estaría mintiendo si dijese lo contrario, como cainitas aún somos capaces de apreciar la belleza. Pero no entiendo...

-Pues a mí también me gusta. – Por un momento, Pantera pensó que se estaba refiriendo a él y su ego se disparó - O al menos, me gustaba. Pero ya no puedo ni recordar cómo era. ¿Soy tan linda como recuerdo? ¿He cambiado mucho? ¿No te vuelve eso loco, de alguna manera? ¿No poderte mirar a ti mismo cuando te hablas?

Y entonces, se sintió un estúpido engreído por pensar que la Arzobispo pudiera haberse fijado en él. Al menos de esa forma. Era un sentimiento más humano que cainita. -Reconozco que es extraño. - Dijo azorado, pero ella pareció notar algo en su voz y el lasombra reaccionó – Pero no tanto como ver que en tu piel se mueven gusanos y todo tipo de bichos que hacen que te rasques y te mortifiques. Ella tardó un segundo en comprender.

-Oh, veo que has conocido a Skin. Sí. – en su cara se dibujó una sonrisa evocadora. - Una pena lo de esa cofradía. Es tan antigua e histórica como Las Viudas o Los Pastores de Caín. Tendría que poder hacer algo para preservar su legado, y sin embargo, tengo que estar dedicando todos mis esfuerzos y mi tiempo a defender lo que ya ostento. - El rictus de Carolina cambió en un instante. - Ellos, ni siquiera ponen en duda mi mandato.

- ¿Un buen dibujante? – Pantera trató de reconducirla a su zona de confort – Podrías abrazarle y que te pintase cada día. – Valez pareció darse cuenta y agradecer el gesto sonriendo.

-Ya lo hice, no funcionó. Había demasiados defectos. Demasiadas imperfecciones en el papel. - Pero su mente parecía estar cavilando a la vez que decía esto, por el movimiento errático de sus ojos. Al final, pareció centrarse, se levantó del sillón y anduvo unos pasos y mirándole directamente dijo: – Bueno, creo que decididamente, deberíamos centrarnos en lo nuestro. - Pantera no contestó. No iba a caer otra vez en su trampa. Esperó a que ella hablara.

-¿Qué es lo que quiere el Cardenal? – Soltó sin preámbulos, cruzando los brazos y mirándole.

-Como ya intenté decirte, creo que malinterpretaste mis palabras. Que Strathcona nos recomendara la visita no es lo mismo que nos encomendara una misión. - Intentó él –

-No juegues conmigo Pantera, no soy la cría que aparento ser. – dijo con firmeza, hablando ya en inglés de nuevo y con el tono y la inflexión de la arzobispo. - Ya te dije que sé cuándo me están mintiendo. He sido espía y asesina durante mucho tiempo, incluso cuando aún estaba viva. – Su tono se agudizaba cada vez más y se acercaba a él apuntándole con el dedo índice - Puedo verlo hasta en mis propios hermanos de manada, hasta en mi sire. Ese bastardo traidor. - Cuando Carolina pareció darse cuenta de que a lo mejor estaba hablando más de la cuenta debido a la excitación se detuvo y le miró preocupada. O a lo mejor era una treta más. Miró hacia otro lado – No necesito más espías, ni confabuladores, ni intrigantes en mi ciudad. Necesito verdaderos Sabbat. Templarios, defensores del acuerdo honorable y cainitas inteligentes que se preocupen por la secta y por Montreal. Necesito tiempo y necesito manos y ojos. –

El lasombra estaba un poco desconcertado en aquel momento, el discurso de la Arzobispo era tan errático que nunca conseguía prever el siguiente paso.

La fría mirada de Carolina, recuperó de nuevo algo de calidez cuando le miró y le dijo:

-Independientemente de lo que te dijera el cardenal, ¿Estás dispuesto a luchar en el bando correcto? ¿Te unirías a mí por mor del Sabbat y la preservación de esta maravilla que es Montreal? - La lasombra se acercó a él y le cogió de las manos. Percibió calidez, por lo que adivinó que estaba utilizando el rubor de la vida, empleando su sangre para adoptar cualidades humanas. Aquello podía usarse de muchas formas, pero el acercamiento carnal entre ellos, era una que los cainitas empleaban en contadas ocasiones.

Pantera no quería pensar en ello. En realidad, desde su abrazo apenas había experimentado con ese tipo de juegos, el ansia del hambre y la caza eran todo el placer que necesitaba y que la bestia le urgía a complacer. Por tanto, aquello no era una atracción primordial. Pero no podía negar que se sentía tentado. Y, sin embargo, sus instintos de autoprotección estaban zumbándole avisándole del peligro. Ella estaba intentando seducirle claramente, atraerlo hacia su bando. ¿Pero era el bando correcto? ¿O tenía razón Ezequiel? ¿Y qué pintaba Smith en todo aquello? Ojalá el cardenal les hubiera dado más información, o al menos unas pautas.

-Puedo sentir tus dudas. – Ella bajó la mirada, le soltó las manos y comenzó a retroceder lentamente.

-Necesito algo de tiempo, Valez. – se justificó el lasombra.

-No es algo que me sobre, en este momento. No sé si puedo permitírmelo. - Carolina pareció empezar a dar por fallido su intento reclutamiento para su causa.

-Información, conocimientos, sentir el pulso de la ciudad. ¡Llevamos aquí una noche! Apenas conocemos a nadie. ¿Cómo pretendes que elija un bando, si ni siquiera sé los que hay? – Y pensó sin decirlo: ¿Por tu linda cara? -

- ¿Por lealtad a mi cargo? ¿Eres Sabbat, no es así? – Argumentó ella, visiblemente en tensión.

-Nah, no es mi estilo. Los Silver Rockets somos leales al Sabbat, no a los títulos ni a los discursos. – Pantera era muy testarudo a ese respecto.

- ¿Quieres conocer los bandos? Yo te los resumo: Ezequiel y sus chicos malos, claman por la guerra. Dicen ser cruzados de la secta, fieles a la mano negra, combatientes sin piedad ni ambición. Pero en realidad, lo que desea la cobra, es mi trono. – La arzobispo hablaba deprisa, era una muy buena oradora. - Su sire le preparó para ello desde el momento en que le escogió para ser abrazado. Iba ser el elegido, el hijo pródigo, en aquel momento, el Arzobispo Sangris era un ejemplo al que todo Sabbat debía aspirar. Pero con su caída en desgracia y posterior ejecución por parte de la Inquisición, él se vio mancillado y tuvo que emigrar, para limpiar su honor. Se alistó en la Mano y Montreal quedó huérfana. Los Pastores y Los Miserables quedaron señalados por su apoyo al infernalista, Las Viudas y Los Bibliotecarios nunca tuvieron a nadie interesado en dirigir y el resto de cofradías no tenían la experiencia ni el rango

necesario para ostentar la archidiócesis. Así que el viejo Strathcona acudió a mí. – Se señaló al pecho, orgullosa con el pulgar. - Yo estaba tranquila en mi retiro. Lamiéndome las heridas de una empresa que tuve al alcance de mi mano y se me escapó, porque gente como Ezequiel, prefería hacer las cosas de forma rápida y directa y no tenían la paciencia ni las habilidades para llevar la misión a buen puerto. Ahora me culpan y mancillan mi nombre, pero si las cosas se hubiesen hecho a mi modo, habríamos tomado Los Ángeles.

-Aún y con todo, vine aquí, tomé la responsabilidad y, de un tiempo a esta parte, ha ido bien. He mantenido la ciudad unida, ha habido más celebraciones, letanías, cultura de la secta y simposios de conocimiento y religión que en toda la historia anterior de Montreal. Las instituciones mortales están controladas, apenas ha habido cazadores, ni guerras civiles, ni espías camarilla. Es cierto que sigue habiendo desapariciones y que algunos ritos de creación no acaban bien, pero eso es algo que lleva sucediendo desde que la ciudad fue fundada, no pueden achacarlo a mi mandato. Todo el mundo está contento y somos la capital espiritual del Sabbat en el mundo.

-Y he aquí, que, de repente, reaparece la cobra. Se presenta clamando tambores de guerra, ‘la secta está cayendo’, dice – Carolina impostaba la voz para parecerse a Ezequiel -. ‘Los antiguos os regodeáis en el poder y por eso mi sire fue tentado’. ‘La inacción inherente a las divisiones ideológicas nos consume’, señala. ‘Hay que mantener la eterna lucha para permanecer unidos’. Y todo ese rollo ultraconservador de la Mano. Pero es él el que inicia la verdadera fractura. Con sus discursos, ha conseguido dividirnos realmente. Ahora, sus partidarios: Los Desgraciados y Los Huérfanos, piden mi cabeza, pero no solo eso. Alfred Benezri, el Pastor al que has visto antes, no perdona la vergüenza que Sangris le provocó a su manada y por tanto odia al Serpiente y nunca le apoyará. Más, aunque dice serme fiel, no cree que yo vaya a poder mantener unido Montreal y, a mis espaldas, está formando su propia candidatura a la archidiócesis. Sabe que tiene el apoyo de los suyos y los Bibliotecarios, dos de las principales y más notorias cofradías, e incluso ha atraído el de Las Reinas de la misericordia, sin ni siquiera quererlo.

- ¿Y qué me queda a mí? Parte de mi manada ya me da por vencida, Los Miserables no se pueden considerar una cofradía, Los navegantes están mermados y sin líder y Las Viudas no son guerreras ni están interesadas en la política.

-Por eso, necesito que me digas si Strathcona te ha mandado a ayudarme o a terminar conmigo. – Dijo desacelerando el discurso- Puedo ofrecerte muchas cosas, Pantera. Y lo haré encantada. Porque sólo con tu apoyo incondicional y la lealtad de tu manada, podríamos evitar la guerra civil. Algo que ya significaría todo un éxito dada la situación actual.

El silencio se apoderó del apartamento durante unos instantes. Carolina, volvió a sentarse en el sillón como para recuperar un resuello que ya no existía en realidad, ya que no respiraba. Satisfecha seguramente de su perorata. Pantera se había quedado abrumado, con la recepción de aquella cantidad de datos y propaganda. La líder de Los Ángeles Perdidos sabía hacer un discurso, de eso no había duda. Pero de momento, solo había escuchado su versión, aunque parecía aceptable.

-Puedo prometerte neutralidad. - Dijo el lasombra, al fin. – Como manada visitante, no nos inmiscuiremos en los conflictos entre cofradías y sus miembros, pero sí que intentaremos evitar a toda costa que se de una guerra civil o que se incumpla cualquiera de las normativas del código de Milán. –

Carolina suspiró contrariada, pero Pantera prosiguió elevando la voz al principio para evitar su respuesta antes de que terminara:

-Lo que sí puedo decirte, para que tu paranoia no empeore, es que Strathcona no nos ha enviado para acabar contigo. No eres tú su objetivo, ni ninguno de los cargos de esta ciudad. Ni siquiera estamos aquí para intervenir políticamente, si no es absolutamente necesario. Solo quiere información. En general, en referencia a las desapariciones y algunos cabos sueltos que quedaron tras la destrucción de Sangris.

Valez se mostró confundida entonces. – Ese tema está zanjado desde hace años. Los Pastores acabaron con el infernalista. Santiago De Soto firmo su sentencia y la ejecutó, y desde entonces no ha levantado cabeza. Se encontró a sus aliados, se interrogó a los testigos y posibles confabuladores y sí, hubo algún cabo suelto, pero ¿A qué viene todo eso ahora? Hay preocupaciones presentes más acuciantes que esos viejos misterios, Montreal ha vivido con ellos muchas décadas sin que el Sabbat se viera afectado más que de vez en cuando y de forma indirecta. ¿Al viejo cardenal se le ha ido la cabeza?

-Solo puedo decirte que hay algunos indicios de que algún poder oscuro campa a sus anchas y muy activo en la ciudad y que necesitaremos algo de libertad para investigarlo. Y que ciertas manadas nos reciban y respondan a nuestras preguntas. -

-Vaya, ahora eres tú el que pide ayuda – Carolina sonrió irónica, pero sin mucho énfasis. Parecía cansada.

-Digamos, que la pide el cardenal. Por el bien de la ciudad y la secta –

-Parece que hay un conflicto de intereses, Francisco. Yo necesito tu apoyo, y tú necesitas mi salvoconducto. – La arzobispo, pareció meditar unos segundos. - Te daré algo de tiempo, como has pedido. – Se levantó el sillón y todo el calor que había habido en la habitación se esfumó. – Pero no esperes ninguna recompensa ni favor de mi parte hasta que no respondas a mi oferta. – Dijo mientras se ponía una chaqueta que había sobre una silla. - Si decides apoyarme, tendrás lo que necesites y yo misma me encargaré de que tu misión llegue a buen puerto. Si no, tú y las paranoias del cardenal estaréis a merced del destino. Si no tienes más que decir...- Y le señaló la puerta de salida.

Pantera salió del cubil de Los Angeles Perdidos pensativo. Atravesó el jardín de rosas azabache y se encaminó hacia la sala principal del trono. Descendiendo las escaleras, se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo allí dentro. Y que no sabía nada del resto de la cofradía. Fue entonces cuando pudo ver, abajo en la escalinata, donde antes dejó sentado a Roland, a su hermano Quatemoc. Seguramente, había estado ofuscado hasta que quiso ser visto.

- ¿Has estado por aquí todo el tiempo? – El asamita antitribu, se había retirado cuando llegaron al templo de los eternos suspiros diciendo que quería explorar la ciudad por su cuenta un rato, mientras le esperaba.

-No, he ido a ver a los demás. Pero luego estuve vigilando al tal Santo Domingo. Fue a ver a su sire, De Soto.

-Interesante, ¿y qué has podido averiguar?